

# **NICARAGUA AMENAZADA**

JUAN BOSCH

[Política: Teoría y Acción, Año 6, No. 64, julio de 1985]

El gobierno y el pueblo de Nicaragua celebran cada 19 de julio el aniversario de su revolución. Ya se habían celebrado cinco y cuando faltaban dos días para el sexto el embajador de Estados Unidos hizo llegar al Ministerio de Relaciones Exteriores una nota procedente del Departamento de Estado norteamericano en la cual quedaron condensadas las amenazas contra la soberanía de Nicaragua y de otros países que había estado lanzando el Presidente Reagan desde hacía una semana, lo que indica, sin dejar la menor duda, que la nota entregada en Managua el 17 de julio obedecía a órdenes precisas del señor Reagan.

Traducida al español, esa insólita nota decía así:

“Los ciudadanos de Estados Unidos y de países amigos y aliados han sido cada vez más objetivos de actividades terroristas internacionales. La paciencia del pueblo y del gobierno de Estados Unidos está agotándose.

Una repetición de cualquier incidente semejante al asesinato brutal de seis ciudadanos de Estados Unidos [ocurrido] en El Salvador el 19 de junio de 1985 tendría graves repercusiones.

Con respecto al acontecimiento de El Salvador, tanto el gobierno salvadoreño como nosotros hemos reaccionado fuertemente contra el PRTC.

Estamos enterados del apoyo del gobierno de Nicaragua y del Frente Sandinista de Liberación Nacional al PRTC [de El Salvador] y a otros elementos del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional y de la influencia del gobierno [sandinista de Liberación Nacional] sobre esos grupos. El gobierno de Nicaragua debe usar su influencia para desalentar ataques contra personal de los Estados Unidos que, como se sabe, no están participando en acciones militares”.

Los cuatro párrafos de la nota que anteceden eran el preámbulo de los cuatro que el lector va a conocer a partir de este momento, cuatro párrafos que, de acuerdo con la significación de la palabra terrorismo, son la esencia misma de una política terrorista ejercida contra un Estado pequeño y, por tanto, débil por el Estado más poderoso, en términos militares, del mundo capitalista.

He aquí esos párrafos:

“Tenemos entendido que están haciéndose preparativos para iniciar ataques terroristas contra funcionarios norteamericanos [que se hallan] en Honduras.

Estamos enterados de que el gobierno de Nicaragua apoya a las personas que participan en esos preparativos y creemos que el gobierno de Nicaragua puede estar envuelto directamente [en ellos].

Consideramos de suma importancia que al gobierno de Nicaragua sepa, claramente y concretamente, que cualquier ataque terrorista contra funcionarios de Estados Unidos en Honduras [llevado a cabo] con apoyo de Nicaragua se considerará responsabilidad directa del gobierno de Nicaragua, y que [en ese caso] se puede contar con una respuesta proporcional de Estados Unidos.

Debe entenderse que aún cuando esta advertencia se aplica a posibles actos de terrorismo contra ciudadanos norteamericanos [que se hallen] en Honduras, basada en información específica, la respuesta de Estados Unidos a actos terroristas [que se produzcan] en otros países de América Central o de otra parte, se basaría en los mismos principios. Una repetición en cualquier parte de América Central de los asesinatos del 19 de junio de ciudadanos estadounidenses [ocurridos] en El Salvador provocará consecuencias serias para sus autores y para quienes los hayan ayudado”.

#### *A petición de Reagan*

Entre los seis muertos a tiros en El Salvador a que se refería la nota había dos empleados de una empresa norteamericana y cuatro soldados de la infantería de Marina de Estados Unidos. De la muerte de los últimos es responsable directo el gobierno del Presidente Reagan que se inmiscuyó en la guerra revolucionaria salvadoreña cuando decidió participar en ella enviando asesores militares y, además, invitando al gobierno del pequeño país centroamericano a mandar nada menos que dos batallones de su ejército a Estados Unidos para ser entrenados en prácticas de ese tipo de guerra, y por si eso fuera poco, viene pagando la mayor parte del costo de esa guerra con donaciones de muchos millones de dólares y de equipos militares como aviones, artillería, tanques, todo de último modelo.

El señor Reagan y sus consejeros han cometido un error impropio de hombres de gobierno si no se dieron cuenta de que el envío de soldados norteamericanos a El Salvador conllevaba, de manera inevitable, una determinada proporción de

bajas de esos soldados dado que no se puede participar en una guerra o vivir en el escenario donde se libra una guerra sin exponer la vida de los que se hallen en el medio donde se lleva a cabo, y mucho menos si antes de enviar a El Salvador esos soldados había habido pérdidas de vidas norteamericanas como sucedió en el caso de las cuatro mujeres, monjas o trabajadoras laicas, asesinadas por el sobrino de un alto jefe militar del país, y dos representantes de la American Federation of Labor-CIO que habían ido a El Salvador a cumplir tareas de asesores en reforma agraria.

¿Es posible que el Presidente Reagan y sus consejeros creyeran que en un país donde habían sido asesinados seis ciudadanos norteamericanos y Monseñor Arnulfo Romero, que era el jefe en el país nada menos que de la Iglesia Católica, no podían correr peligro los cuatro soldados y los dos empleados privados de una empresa estadounidense que fueron muertos a tiros el 19 de junio de este año?

De la muerte de los representantes de la American Federation of Labor-CIO y de las monjas o trabajadoras laicas norteamericanas no se acordaron el Presidente Reagan y sus consejeros porque a esos ciudadanos de Estados Unidos los mataron hombres de extrema derecha, así como Roberto D' Abuisson mató a Monseñor Arnulfo Romero. Para el Presidente Reagan y sus asesores sólo son asesinos los revolucionarios salvadoreños que descargan sus armas sobre ciudadanos de Norte América, sean militares o sean civiles que estén acompañando a los soldados, como era el caso de los que murieron el 19 de junio mientras se exhibían en un conocido café al aire libre que frecuentan en San Salvador, la capital del país, personas a quienes les atraen lugares de reputación picante.

Diecinueve días después de la muerte de los seis norteamericanos sorprendidos por una guerrilla urbana de El Salvador el Presidente Reagan acusó a Nicaragua de “patrocinar el terrorismo en El Salvador, Costa Rica y Honduras”, y de haberse convertido “en el foco de la red terrorista de la región” centroamericana. En esa ocasión el presidente del poderoso y rico país llamado Estados Unidos lanzó sobre los gobernantes de Cuba, Nicaragua, Irán, Libia y Corea del Norte – así, en ese orden– un ataque de tipo personal absolutamente impropio del cargo que desempeña cuando dijo de ellos que son “criminales escuálidos”, y cargó la mano sobre Nicaragua, lo que pone en evidencia que la nota entregada en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Managua por el embajador

norteamericano nueve días después había sido redactada a petición del señor Reagan.

### *Terrorismo de Estado*

En la lengua española, el primer significado de la palabra terrorismo es dominación por el terror, y la historia reciente de Nicaragua dice con claridad meridiana que desde que llegó al poder el Partido Republicano de Estados Unidos, lo que sucedió el 20 de enero de 1981, cuando tomó posesión de la presidencia de ese país Ronald W. Reagan, se inició una etapa de uso del terror internacional ejercido a través de fuerzas nicaragüenses contrarrevolucionarias formadas principalmente por exguardias somocistas señalados por la comisión de crímenes de toda especie cometidos contra su pueblo mientras lo gobernaba la familia Somoza; y quien usaba y sigue usando esas fuerzas es el gobierno norteamericano que preside el señor Reagan que empezó a organizarlas en 1981, y para noviembre de ese año las dotaba de dinero, 19 millones 950 mil dólares autorizados por el Consejo de Seguridad para ejecutar operaciones de tipo secreto.

En diciembre de 1982 el Congreso aprobó una erogación de 30 millones para operaciones militares dentro de Nicaragua; un año después aprobó 24 millones para los mismos fines y en junio de este año aprobó de 27 a 32 millones para “ayuda humanitaria a la contrarrevolución”, todo lo cual se resume diciendo que de los fondos públicos de Estados Unidos los guardias somocistas y sus aliados han administrado 126 millones de dólares para llevar el terror de la muerte a niños, mujeres, ancianos, campesinos, nicaragüenses en número de miles, no de seis norteamericanos, cuatro de ellos soldados muertos en la capital de El Salvador, no de Nicaragua, a manos de guerrilleros urbanos salvadoreños, no de militares ni de milicianos y ni siquiera de ciudadanos nicaragüenses.

Dedicados a adquirir harina de trigo, medicinas, materiales de construcción, esos 126 millones habrían dado satisfacción a muchas necesidades de un pueblo que durante más de cuarenta años padeció la dictadura de una familia sanguinaria que lo explotó salvajemente, pero el gobierno de Estados Unidos prefirió destinarlos a armas para que los antiguos servidores de esa familia prolonguen sus sufrimientos ejerciendo sobre él el terror masivo, ese tipo de terror que conduce

a la dominación de los pueblos pequeños y débiles para provecho de los Estados poderosos.

Los restos militares del somocismo fueron reorganizados en Estados Unidos, entrenados en Florida y California y emplazados en Honduras, cuyo gobierno se prestó a servir de base de operaciones para los antiguos soldados de Somoza.

Antes de que abandonara Nicaragua el 17 de julio de 1979, Anastasio Somoza Debayle era el jefe de la Guardia, y a partir de 1980 el jefe de los antiguos miembros de la Guardia pasó a ser el Pentágono, un poder mucho más fuerte que el último de los Somoza, y con ese poderío cubriéndoles las espaldas los antiguos guardias iniciaron en 1981 una cadena de ataques a Nicaragua que a mediados de este año 1985 se resume así: población civil secuestrada y llevada a Honduras, 232 personas; asesinatos de civiles, 51; vehículos destruidos o robados, 345; centros económicos estatales y privados sabotados o destruidos, 640.

Los nicaragüenses muertos y secuestrados en esos ataques fueron víctimas del terror aplicado al gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional por el gobierno de Estados Unidos, o, dicho de otra manera, por una política de terrorismo de Estado dispuesta por el gobierno que preside Ronald W. Reagan.

### *Patria libre o morir*

Siete días después de la entrega de la nota del 17 de julio, el portavoz de la Casa Blanca, lo que equivale a decir el Presidente Reagan, “amenazó con adoptar acciones apropiadas, incluyendo selectivos ataques militares contra Nicaragua u otras naciones que cometan o respalden actos de terrorismo contra norteamericanos”, dijo un cable de UPI, y en la misma fecha The New York Times afirmó que el gobierno de Estados Unidos había proyectado atacar una zona “donde presumiblemente son entrenados guerrilleros salvadoreños”; y dijo más, pues les atribuyó a asesores de los Departamentos de Estado y Defensa la declaración de que “uno o más de los guerrilleros salvadoreños involucrados en el ataque del mes pasado en el cual murieron cuatro infantes de Marina norteamericanos y otros dos civiles estadounidenses habían sido entrenados en una base situada en Nicaragua”.

Supongamos que efectivamente, uno o dos o tres de los guerrilleros salvadoreños que participaron en la muerte de esos infantes de Marina y de sus acompañantes, también norteamericanos, fueron entrenados en Nicaragua. ¿Pero lo fueron para hacer lo que hicieron o para hacer la guerra contra el ejército de su país? Porque si fueron entrenados para participar en la guerra revolucionaria de El Salvador, que tiene cinco años cumplidos, no necesitaban ir a Nicaragua dado que en El Salvador hay oportunidades de más para entrenarse y pasar inmediatamente a la acción guerrillera.

Parece muy arriesgado afirmar que los autores de las muertes del 19 de junio fueron entrenados en Nicaragua para llevar a cabo la acción de ese día, pero no es difícil afirmar categóricamente que los que pusieron en las aguas marinas nicaragüenses minas que averiaron seriamente siete buques de Nicaragua en cinco semanas a comienzos del año 1984 fueron entrenados por la Agencia Central de Inteligencia, una dependencia del gobierno norteamericano que les ordenó ejecutar esas acciones de guerra en perjuicio de un país que no se hallaba en guerra contra Estados Unidos, pero, además, los guardias somocistas que a estas fechas han ejecutado más de trescientos ataques armados a territorio nicaragüense, en los cuales han cometido actos criminales de todo tipo, como secuestros, asesinatos, destrucción de vehículos y sabotajes a centros de actividad económica, fueron entrenados, como se ha dicho en estas páginas, en Florida y California, y sus entrenadores no eran compatriotas suyos sino militares norteamericanos.

El Presidente Reagan y sus asesores en política centroamericana andan en busca de un argumento válido que proporcione la base de legalidad internacional indispensable a estas alturas de la Historia para lanzar el poderío de su país contra Nicaragua porque no pueden admitir que el gobierno del Frente Sandinista se empeñe en mantenerse independiente; se empecine en no entregarse a la gran potencia contra la cual luchó ese gigante llamado Augusto César Sandino en cuyo nombre se hizo la revolución antisomocista; el que les legó a ellos y a su pueblo la bandera roja y negra que coronaba las montañas de Las Segovias en los días de las luchas contra los soldados norteamericanos; el que dijo a toda voz, y remachó infinidad de veces, las seis palabras que repiten hoy todos los nicaragüenses dignos: “¡Yo quiero patria libre o morir!”

